
C. S. LEWIS

AUTOR DE

LAS CRÓNICAS DE NARNIA

Perelandra. Un viaje a Venus



En la segunda entrega de la *Trilogía cósmica*, C. S. Lewis nos traslada a Perelandra, Venus, un mundo que está naciendo. El malvado oyarsa de Thulcandra pretende, a través del pérfido Weston, repetir allí la historia terrestre de la Tentación con la Dama y el Rey, los nuevos Adán y Eva. Sin embargo, el benevolente Maleldil enviará a su vez a Ransom, que se enfrentará al mal para tratar de salvar Perelandra del solitario destino que condenó a Thulcandra, la Tierra.

A unas damas de Wantage

Prefacio

Este relato puede leerse aislado, pero es también una continuación de *Más allá del planeta silencioso*, donde se narran algunas de las aventuras de Ransom en Marte o, como lo llaman sus habitantes, Malacandra. Todos los personajes humanos del libro son puramente ficticios y ninguno de ellos es alegórico.

C. S. L.

1

Cuando abandoné la estación ferroviaria de Worchester y emprendí la caminata de cinco kilómetros hacia la casa de campo de Ransom, pensé que posiblemente nadie en aquel andén podría adivinar la verdad sobre el hombre al que iba a visitar. El aplastado brezal que se desplegaba ante mí (porque el pueblo se extiende detrás y hacia el norte de la estación) parecía un brezal común. El cielo sombrío de las cinco de la tarde era semejante al que puede verse en cualquier tarde de otoño. Las pocas casas y grupos de árboles rojizos o amarillentos no se destacaban en ningún aspecto. ¿Quién podría imaginarse que un poco más allá, en aquel tranquilo paisaje yo me encontraría y le estrecharía la mano a un hombre que había vivido, comido y bebido en un mundo situado a sesenta millones de kilómetros de Londres, que había visto la Tierra desde donde parece un simple punto de fuego verde y que había hablado cara a cara con una criatura cuya vida comenzó antes de que nuestro planeta fuera habitable?

Porque, en Marte, Ransom había conocido a otros seres además de los marcianos. Había conocido a las criaturas llamadas *eldila* y, sobre todo, a ese gran *eldil* que es el soberano de Marte o, en su lengua, el *Oyarsa* de Malacandra. Los *eldila* son muy distintos a cualquier criatura planetaria. Su organismo, si es que puede llamarse organismo, es muy distinto tanto al de un marciano como al de un ser humano. No comen, ni procrean, ni respiran, ni sufren muerte natural, y en ese sentido se asemejan más a minerales pensantes que a cualquier cosa reconocible como animal. Aun-

que aparecen en los planetas, y, según nuestros sentidos, puede parecer que viven en ellos, la situación espacial concreta de un eldil en un momento preciso presenta grandes problemas. Consideran al espacio, o «Cielo profundo», como su verdadera morada y, para ellos, los planetas no son mundos cerrados, sino meros puntos en movimiento —quizás hasta interrupciones— en lo que nosotros conocemos como Sistema Solar y ellos como el Campo del Árbol.

En ese momento iba a ver a Ransom obedeciendo a un telegrama que decía: «Ven jueves si puedes. Negocios». Adivinaba a qué tipo de negocios se refería y por eso seguía repitiéndome que sería delicioso pasar una noche con Ransom y que seguía sintiendo a la vez que no disfrutaba de esa perspectiva tanto como debería. Mi problema eran los eldila. Podía aceptar que Ransom hubiera estado en Marte... pero haber estado con un eldil, haber hablado con algo cuya vida parecía prácticamente infinita... Ya el viaje a Marte era de por sí bastante desagradable. Un hombre que ha estado en otro mundo no regresa igual. Es imposible expresar la diferencia en palabras. Cuando el hombre es un amigo puede llegar a ser doloroso: no es fácil recuperar la rutina de siempre. Pero mucho peor era mi convicción creciente de que, desde su regreso, los eldila no lo dejaban solo. Pequeños detalles en la conversación, pequeños modismos, alusiones accidentales que luego Ransom retiraba con una torpe disculpa, todo sugería que vivía con una extraña compañía, que había... bueno, visitantes, en esa casa de campo.

Mientras caminaba trabajosamente por el sendero vacío y sin cercas que atraviesa las tierras comunales de Worchester traté de disipar mi creciente sensación de *malaise*, analizándola. Después de todo, ¿de qué tenía miedo? Lamenté haber planteado la pregunta nada más hacerla. Me chocó descubrir que había utilizado mentalmente la palabra *miedo*. Hasta entonces había intentado simular que sólo sentía disgusto o vergüenza o incluso aburrimiento. Pero la simple

palabra miedo había revelado el secreto. Ahora advertía que mi emoción era, ni más ni menos, que miedo. Y caí en la cuenta de que temía dos cosas: que tarde o temprano yo mismo me encontrara con un eldil y que llegara a ser «absorbido». Supongo que todos conocen ese miedo a ser absorbido —el momento en que un hombre advierte que lo que habían parecido meras especulaciones están a punto de hacerlo aterrizar en el Partido Comunista o la Iglesia Católica—, la sensación de que una puerta acaba de cerrarse de golpe, dejándolo dentro. El asunto era simple y llanamente mala suerte. A Ransom lo habían llevado a Marte (o Malacandra) contra su voluntad y casi por accidente, y yo me había visto relacionado con la cuestión por otro accidente. Sin embargo, allí estábamos los dos, cada vez más comprometidos en lo que sólo puedo describir como política interplanetaria. En cuanto a mi intenso deseo de no entrar en contacto jamás con los eldila, no estoy seguro de conseguir que ustedes lo comprendan. Era algo más que un prudente anhelo de evitar criaturas de otra especie, muy poderosas y muy inteligentes. La verdad era que todo lo que había oído sobre ellos servía para conectar dos cosas que nuestra mente tiende a mantener separadas, y conectarlas le producía a uno una especie de conmoción. Tendemos a considerar las inteligencias no humanas en dos categorías distintas, que etiquetamos como «científica» y «sobrenatural». Con cierto estado de ánimo, pensamos en los marcianos del señor Wells (tan poco parecidos a los verdaderos marcianos, dicho sea de paso) o en selenitas. Con un estado de ánimo completamente distinto dejamos que nuestra mente divague sobre la posibilidad de ángeles, fantasmas, hadas y cosas por el estilo. Pero, en cuanto nos vemos obligados a reconocer a una criatura de cualquiera de las dos clases como real, la distinción empieza a hacerse borrosa, y, cuando es una criatura como un eldil, la distinción desaparece por completo. Esos seres no son animales; en ese sentido, uno debería clasificarlos en el segundo gru-

po, pero tenían cierto tipo de vehículo material cuya presencia podría, en principio, ser verificada científicamente. En ese sentido pertenecían al primer grupo. De hecho, la distinción entre lo natural y lo sobrenatural se hacía pedazos, y, al hacerlo, uno advertía qué consolador era. Cómo había aliviado la carga de extrañeza intolerable que nos impone el universo al dividirlo en dos mitades e incitar a la mente a que nunca piense en las dos en un mismo contexto. Cuál es el precio que hemos pagado por ese consuelo en términos de falsa seguridad y admitida confusión mental es otro asunto.

«Éste es un camino largo, triste», pensé. «Gracias a Dios no tengo que cargar con nada». Y entonces, con un respingo de comprensión, recordé que debería estar llevando una mochila, con las cosas para pasar la noche. Maldije para mis adentros. Debía de haberla dejado en el tren. ¿Querrán creerme si les digo que tuve el impulso inmediato de volver a la estación y «hacer algo al respecto»? Como es lógico, no había nada que no pudiera hacerse igual de bien llamando desde la casa de mi amigo. El tren, junto con la mochila, debía de encontrarse por entonces a unos cuantos kilómetros.

Ahora lo comprendo con la misma claridad que ustedes. Pero, en ese momento, me parecía obvio que tenía que volver sobre mis pasos e incluso había empezado a hacerlo antes de que la razón o la conciencia despertara y me hiciera avanzar otra vez trabajosamente. Al hacerlo, descubrí con mayor claridad que antes los pocos deseos de seguir que tenía. Era una tarea tan difícil que sentí como si caminara contra el viento, pero en realidad se trataba de una de esas tardes inmóviles, muertas, en las que no se mueve ni una hoja, y empezaba a alzarse un poco de niebla.

Cuanto más avanzaba más imposible me resultaba pensar en otra cosa que no fueran los eldila. Después de todo, ¿qué era lo que Ransom sabía realmente sobre ellos? Según sus propias palabras, los que había conocido no solían

visitar nuestro planeta... Habían comenzado a hacerlo después de su regreso de Marte. Teníamos eldila propios, había dicho, eldila telúricos, pero eran de un tipo distinto y casi siempre hostiles al hombre. En realidad, por eso nuestro mundo estaba incomunicado con los otros planetas. Ransom nos describía como si estuviéramos asediados, como si fuéramos, en realidad, un territorio ocupado por el enemigo, dominado por los eldila que estaban en guerra tanto con nosotros como con los eldila del «Cielo Profundo» o «espacio». Del mismo modo que las bacterias a nivel microscópico, estos nocivos cohabitantes del nivel macroscópico saturan nuestra vida de forma invisible y son la verdadera explicación de esa curva fatal que constituye la lección básica de la historia. Si todo eso fuera cierto, entonces, naturalmente, deberíamos regocijarnos del hecho de que eldila de mejor especie hubieran roto al fin la frontera (que, según afirman, está en la órbita de la Luna) y empezaran a visitarnos. Siempre suponiendo que lo que Ransom decía fuese correcto.

Se me ocurrió una idea detestable. ¿Acaso Ransom no podía ser un incauto? Si algo del espacio exterior estuviera tratando de invadir nuestro planeta, ¿qué mejor pantalla de humo podría levantar, justamente, que la historia de Ransom? ¿Había la menor evidencia, después de todo, de que existieran los supuestos eldila maléficos sobre la tierra? ¿Y si mi amigo fuera el puente involuntario, el caballo de Troya mediante el cual un posible invasor estuviera entrando en Tellus, la Tierra? Y, una vez más, como cuando había descubierto que no llevaba la mochila, me asaltó el impulso de no seguir adelante. «Regresa, regresa», me susurraba a mí mismo. «Envíale un telegrama, dile que estás enfermo, que vendrás en otra ocasión... Cualquier cosa». La fuerza de este sentimiento me asombró. Me quedé inmóvil durante unos instantes, diciéndome que no tenía que ser tan tonto y, cuando al fin reanudé la marcha, iba preguntándome si eso no podría ser el principio de una crisis nerviosa. Nada

más aparecer en mi mente, la idea se convirtió en un nuevo motivo para no visitar a Ransom. Obviamente no estaba en condiciones de «negocios» tan arriesgados como los que se refería casi con seguridad el telegrama. No estaba en condiciones ni siquiera de pasar un fin de semana normal lejos de casa. El único acto sensato era volver de inmediato y quedarme seguro en casa, antes de perder la memoria o volverme histérico y acabar en manos de un médico. Seguir era una completa locura.

Ahora estaba llegando al final del brezal y bajaba una pequeña colina con un matorral a la izquierda y varios edificios industriales aparentemente abandonados a la derecha. En la zona más baja, la niebla vespertina era un poco más densa. «Al principio lo llaman Crisis», pensé. ¿No había una enfermedad mental en la que los objetos comunes le parecían al paciente increíblemente ominosos?... ¿Le parecían, en realidad, lo que me parecía la fábrica abandonada en ese momento? Grandes formas bulbosas de cemento, extraños espectros de ladrillo me miraban, ceñudos, por encima de la hierba seca y corta, sembrada de charcos grises como marcas de viruela y cortada por los restos de un ferrocarril de vía estrecha. Recordé cosas que Ransom había visto en ese otro mundo, sólo que allí eran personas. Gigantes largos como agujas que él llamaba sorns. Lo que empeoraba las cosas era que Ransom los consideraba buena gente; en realidad, mucho mejores que nuestra propia raza. ¡Estaba aliado con ellos! ¿Cómo sabía yo si Ransom era un incauto? Podía ser algo peor... y, una vez más, me detuve.

Como no conoce a Ransom, el lector no entenderá lo contraria que era la idea a toda razón. La parte racional de mi mente, incluso en ese momento, sabía muy bien que aunque el universo entero fuera loco y hostil, Ransom era cuerdo, saludable y honesto. Y fue esa parte la que finalmente me hizo seguir adelante... pero con una resistencia y una dificultad que apenas puedo expresar en palabras. Lo

que me permitía continuar era el conocimiento (oculto muy dentro de mí) de que a cada paso me acercaba al único amigo, pero sentía que me acercaba al único enemigo, el traidor, el brujo, el hombre aliado con «ellos»..., metiéndome en la trampa con los ojos abiertos, como un tonto. «Al principio lo llaman crisis —decía mi mente—, y te envían a un sanatorio particular. Más tarde te mandan a un manicomio».

Ahora que había pasado la fábrica muerta estaba inmerso en la niebla, donde hacía mucho frío. Entonces hubo un momento el primero de absoluto terror y tuve que mordirme los labios para no gritar. Era sólo un gato que había cruzado el camino corriendo, pero me encontré completamente acobardado. «Pronto estarás gritando realmente —decía mi atormentador interior—, corriendo en círculos, gritando, y no podrás parar».

Había una casita vacía junto al camino. Tenía casi todas las ventanas tapiadas con tablas menos una, que miraba como el ojo de un pescado. Por favor, quiero que entiendan que en épocas normales la idea de una casa embrujada no significa para mí más de lo que significa para ustedes. Nada más, pero tampoco nada menos. En ese momento no se me ocurrió algo tan definido como la idea de un fantasma. Era sólo la palabra *embrujada*. Embrujada... embrujar... ¡Qué poder tiene esa palabra! Aunque nunca hubiera oído la palabra ni conociera su significado, ¿no temblaría un niño ante el simple sonido si, al caer el día, oyera que un mayor le dice a otro «Esta casa está embrujada»?^[1]

Después llegué al cruce de caminos junto a la capillita metodista donde debía girar a la izquierda, bajo las hayas. A esas alturas tendría que estar viendo las luces de las ventanas de Ransom... ¿o ya había llegado la hora de la oscuridad antiaéreo? Se me había parado el reloj y no lo sabía. Estaba bastante oscuro, pero podía deberse a la niebla y los árboles. No sé si entienden que no era de la oscuridad

de lo que tenía miedo. Todos hemos conocido momentos en que los objetos inanimados parecen tener una expresión casi facial, y era la expresión de ese tramo de camino lo que no me gustaba. «No es cierto que la gente que se está volviendo loca nunca piense que se está volviendo loca», decía mi mente. ¿Y si la verdadera demencia hubiera elegido ese paraje para manifestarse? En tal caso, desde luego, la negra aversión de los árboles goteantes —su horrible expectativa— sería una alucinación. Pero eso no mejoraba las cosas. Pensar que el espectro que vemos es una ilusión no nos libra del terror; sencillamente añade el terror más profundo de la locura propiamente dicha... y, para culminar, la horrible sospecha de que los que los demás llaman locos han sido siempre las únicas personas que ven el mundo como es realmente.

En aquel momento eso me invadió. Seguí a los tumbos en el frío y la oscuridad, ya convencido a medias de que debía de estar entrando en lo que llaman demencia. Pero mi opinión sobre la cordura cambiaba a cada instante. ¿Había sido alguna vez algo más que una convención... un cómodo par de anteojeras, un modo acordado de tomar los deseos por la realidad, que excluía de nuestra visión la completa extrañeza y malevolencia del universo que nos vemos obligados a habitar? Las cosas que había empezado a conocer durante los últimos meses de mi relación con Ransom superaban ya lo que la «cordura» puede admitir; pero yo había ido demasiado lejos para desecharlas como irreales. Dudaba de la interpretación que Ransom les daba, o de su buena fe. No dudaba de la existencia de lo que él había encontrado en Marte —los *pfifltriggi*, los *jrossa* y los *sorns*— ni de los *eldila* interplanetarios. Ni siquiera dudaba de la realidad del ser misterioso a quien los *eldila* llaman *Maleldil* y a quien parecen rendir una obediencia total, superior a la que puede obtener cualquier dictador terrestre. Sabía con qué relacionaba Ransom a *Maleldil*.

Con seguridad ésa era la casa de campo. Estaba muy bien oscurecida. Un pensamiento infantil, lastimero asaltó mi mente: ¿Por qué Ransom no había salido al portón a recibirme? Un pensamiento aún más infantil lo siguió. Quizás estaba en el jardín esperándome escondido. Quizás saltara sobre mí por detrás. Quizás yo viera una silueta que parecería Ransom dándome la espalda y cuando le hablara, se daría vuelta y mostraría un rostro en absoluto humano...

Como es natural, no tengo el menor deseo de alargar esta parte del relato. Recuerdo con humillación el estado mental en que me encontraba. Lo hubiera pasado por alto si no creyera necesario relatarlo hasta cierto punto, para una completa comprensión de lo que sigue... y, tal vez, también de otras cosas. Sea como fuere, no puedo describir realmente cómo llegué a la puerta de entrada de la casa. De un modo u otro, a pesar de la aversión y del desaliento que me tiraba hacia atrás y de una especie de pared invisible de resistencia que me daba en la cara, luchando a cada paso y casi chillando cuando una rama inocente me tocó el rostro, me las arreglé para pasar el portón y subir por el pequeño sendero. Y allí estaba, golpeando la puerta con los puños y sacudiendo el picaporte, gritándole a Ransom que me dejara entrar, como si de eso dependiera mi vida.

No hubo respuesta: ningún sonido salvo el eco de los ruidos que yo mismo había hecho. Sólo había algo blanco revoloteando sobre el llamador. Supuse, desde luego, que era una nota. Al encender una cerilla para leerla, descubrí hasta qué punto me temblaban las manos, y cuando el fósforo se apagó advertí cuánto había oscurecido. Después de varios intentos logré leerla. «Disculpa. He tenido que ir a Cambridge. Volveré en el último tren. Hay comida en la despensa y la cama está lista en el cuarto de siempre. No me esperes a comer a menos que quieras hacerlo. E. R». Inmediatamente, el impulso de volverme, que ya me había asaltado varias veces, me invadió con una especie de vio-

lencia demoníaca. Ahí estaba el camino abierto para la retirada, invitándome. Era mi oportunidad. ¡Si alguien esperaba que entrara a la casa y me quedara sentado a solas durante varias horas, estaba muy equivocado! Pero, entonces, cuando la imagen del viaje de regreso empezó a formarse en mi mente, dudé. La idea de emprender el camino de la avenida de hayas otra vez (ahora estaba realmente oscuro) con la casa detrás de mí (tenía la absurda sensación de que podía seguirme) no era atractiva. Y fue entonces, supongo, cuando algo mejor me vino a la mente: cierto resto de cordura y cierta resistencia a dejar a Ransom. Al menos podía comprobar si la puerta estaba realmente abierta. Lo hice. Y lo estaba. Un momento después, no sé bien cómo, me encontré en el interior y dejé que la puerta se cerrara con un golpe a mis espaldas.

Dentro estaba muy oscuro y hacía calor. Avancé unos pasos a tientas, me golpeé con violencia la espinilla contra algo y me caí. Me quedé sentado, inmóvil durante unos segundos, masajeándome la pierna. Creía conocer bastante bien la disposición de la sala de estar de Ransom y no podía imaginar contra qué había tropezado. Un momento después busqué en el bolsillo, saqué las cerillas e intenté hacer luz. La cabeza del fósforo se desprendió. La pisé y olfateé para asegurarme de que no ardía sobre la alfombra. En cuanto olí advertí un extraño aroma en la habitación. Juro que no pude distinguir qué era. Se diferenciaba de los olores domésticos comunes tanto como algunos productos químicos, pero no era un olor de tipo químico en ningún sentido. Entonces encendí otra cerilla. Lameó y se apagó casi de inmediato, algo bastante lógico, dado que estaba sentado sobre el felpudo y hay pocas puertas de entrada, incluso en viviendas mejor construidas que la casa de campo de Ransom, que no admitan corrientes de aire. El fósforo no me había permitido ver más que mi propia mano ahuecada para proteger la llama. Obviamente debía alejarme de la puerta. Me puse en pie con cautela y tanteé el ca-

mino hacia adelante. Llegué en seguida a un obstáculo: algo liso y muy frío que se alzaba un poco más arriba de las rodillas. Cuando lo toqué advertí que era el origen del olor. Avancé a tientas tocando el objeto a la izquierda y finalmente llegué al final del mismo. Parecía tener varias superficies y no podía hacerme una idea de la forma. No era una mesa, porque no tenía parte superior. La mano palpaba a lo largo del borde de una especie de pared baja: el pulgar por afuera y los dedos metidos en el espacio interno. Si hubiera tenido la textura de la madera habría supuesto que se trataba de una gran caja de embalaje. Pero no era madera. Por un momento pensé que estaba mojado, pero pronto decidí que estaba confundiendo el frío con la humedad. Cuando alcancé el extremo encendí la tercera cerilla.

Vi algo blanco y semitransparente, bastante parecido al hielo. Era un objeto grande, muy largo, una especie de caja, una caja abierta, de una forma inquietante que no reconocí en seguida. Tenía el espacio suficiente para meter un hombre dentro. Entonces retrocedí un paso, alzando el fósforo encendido para tener una visión de conjunto y, en el mismo instante, tropecé con algo detrás de mí. Me encontré cayendo a lo largo en la oscuridad, no sobre la alfombra, sino sobre otra sustancia fría de olor extraño. ¿Cuántos objetos infernales había allí?

Estaba a punto de ponerme de pie otra vez y buscar una vela en el cuarto cuando oí que pronunciaban el nombre de Ransom y, casi, aunque no del todo simultáneamente, vi lo que había temido ver durante tanto tiempo. Oí que pronunciaban el nombre de Ransom, pero no me atrevería a decir que oí una voz pronunciarlo. El sonido era asombrosamente distinto al de una voz. Estaba articulado de manera perfecta; hasta supongo que era bastante hermoso. Pero se trataba de algo inorgánico, si es que pueden entenderme. Me figuro que sentimos la diferencia entre las voces animales (incluyendo la del animal humano) y todos los demás ruidos con bastante precisión, aunque es difícil definir-